

"... Y PRACTIQUÉ LA MISERICORDIA CON ELLOS" (Tes 2)

Del 8 de diciembre de 2015 (solemnidad de la Inmacuada Concepción) al 20 de noviembre de 2016 (solemnidad litúrgica de Jesucristo Rey del Universo) el Papa Francisco ha anunciado un Jubileo Extraordinario de la Misericordia como tiempo propicio para la Iglesia, para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes.

El Padre, « rico en misericordia » (Ef 2,4), después de haber revelado su nombre a Moisés como « Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en amor y fidelidad » (Ex 34,6) no ha cesado de dar a conocer en varios modos y en tantos momentos de la historia su naturaleza divina.

Por ello, hay momentos en los que estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia de un modo mucho más intenso para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre.

Pero... ¿qué es la misericordia? ¿Es sinónimo de perdón?

La misericordia es la actitud de compadecerse de los trabajos y miserias ajenas y se manifiesta en la amabilidad, asistencia al necesitado y especialmente en el perdón y la reconciliación. Es más que un sentimiento de lástima o simpatía; es una práctica. La misericordia es también un sentimiento de compasión por los que sufren, que impulsa a ayudarles o aliviarles.

Su etimología, del latín misere (miseria, necesidad), cor, cordis (corazón) e ia (hacia los demás); significa tener un corazón solidario con aquellos que tienen necesidad.

El perdón, por su parte, exige de una ofensa previa, y se define como la acción por la que una persona ofendida decide no sentir resentimiento hacia el ofensor, haciendo cesar su ira o indignación contra el mismo, optando por no tener en cuenta la ofensa en el futuro.

Por tanto, el perdón es una manifestación de la misericordia.

La misericordia de Dios:

“Paciente y misericordioso” es el binomio que a menudo aparece en el Antiguo



Testamento para describir la naturaleza de Dios. Su ser misericordioso se constata concretamente en tantas acciones de la historia de la salvación donde su bondad prevalece por encima del castigo y la destrucción. Los Salmos, en modo particular, destacan esta grandeza del proceder de Dios: « Él perdona todas tus culpas, y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de gracia y de misericordia » (103,3-4). Así pues, la misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir que se trata realmente de un amor “visceral”. Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón.

Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre:



Existen una gran abundancia de textos evangélicos que nos hablan del perdón y la misericordia de Jesús: el paralítico, Zaqueo, muchas de las parábolas, la mujer adúltera, etc... Recordemos especialmente este pasaje: “*Los escribas y los fariseos la trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices? Esto lo decían para tentarle, y para poder acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo. Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra. Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio. O Enderezándose Jesús, y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más”.*

La característica de Dios, mayoritariamente manifestada por Jesús en su vida histórica, es la misericordia y el perdón.

Un perdón gratuito, generoso, abundante: “Donde abundó el pecado, sobreabundó la misericordia y la gracia” (Rom. 5, 20) .Y Jesús es el reflejo auténtico e inequívoco del Padre. ”Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre”, le dice Jesús a Felipe.

Llamados a vivir la misericordia

De otra parábola, además, podemos extraer una enseñanza para nuestro estilo de vida cristiano. Provocado por la pregunta de Pedro acerca de cuántas veces fuese necesario perdonar, Jesús responde: « No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete » (Mt 18,22) y pronunció la parábola del “siervo despiadado”. Este, llamado por el jefe a devolverle una gran suma de dinero, le suplica de rodillas que perdone la deuda y el jefe, compadeciéndose del empleado, le condona la deuda. Pero inmediatamente después el empleado encuentra a otro empleado, como él, que le debía unos pocos céntimos, el cual le suplica de rodillas que tenga piedad, pero él se niega y lo hace encarcelar. Entonces el jefe, advertido del hecho, se irrita mucho y volviendo a llamar a aquel siervo le dice: « ¿No debías también tú tener compasión de tu compañero, como yo me compadecí de ti? » (Mt 18,33). Y Jesús concluye: « Lo mismo hará también mi Padre celestial con ustedes, si no perdonan de corazón a sus hermanos » (Mt 18,35).



La parábola ofrece una profunda enseñanza a cada uno de nosotros. Jesús afirma que la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos. Así entonces, **estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado misericordia.** El perdón de las ofensas deviene la expresión



más evidente del amor misericordioso y para nosotros cristianos es un imperativo del que no podemos prescindir. ¡Cómo de difícil es muchas veces perdonar! Y, sin embargo, el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón. Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices. Acojamos entonces la exhortación del Apóstol: « No permitan que la noche los sorprenda enfadados » (Ef 4,26). Y sobre todo escuchemos la palabra de Jesús que ha señalado la misericordia como ideal de vida y como criterio de credibilidad de nuestra fe. « Dichosos los misericordiosos, porque encontrarán misericordia » (Mt 5,7) es la

bienaventuranza en la que hay que inspirarse durante este Año Santo.

Como se puede notar, la misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros. Él no se limita a afirmar su amor, sino que lo hace visible y tangible. El amor, después de todo, nunca podrá ser una palabra abstracta. Por su misma naturaleza es vida concreta: intenciones, actitudes, comportamientos que se verifican en el vivir cotidiano. La misericordia de Dios es su responsabilidad por nosotros. Él se siente responsable, es decir, desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría y serenos. Es sobre esta misma amplitud de onda que se debe orientar el amor misericordioso de los cristianos. Como ama el Padre, así aman los hijos. Como Él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros.

Buen ejemplo de ésto es Francisco. Él descubre la misericordia de Dios y por ello es capaz de ser misericordioso. Su vida está completamente orientada hacia los pobres de la sociedad y a abrazar a toda las criaturas conviviendo bajo la misma mirada amorosa y misericordiosa del Padre. Esto se produce tras la renuncia al propio ego (2Cel 80), en una expresión total de la liberación, del deseo de dominio y de autoridad sobre los demás, del deseo del saber y de la razón. La renuncia o el despojo es lo que lo lleva a Francisco a una cercanía amorosa y afectuosa para con los leprosos y la centralidad de Jesús pobre y crucificado (2Cor 8, 9), produce un vuelco en su vida, es decir, le da a su vida un nuevo sabor y un rico sentido a la luz del Evangelio, una inmensa libertad para abrazar a los verdaderos crucificados y por lo tanto bajarlos de la cruz.

¿Cómo vivo el perdón y la misericordia de Dios?
¿Se concretan de alguna manera en mi vida?
Soy capaz de dar el perdón y la misericordia que recibo de Dios?
Antes de mirarlás en el móvil... ¿Sabes cuáles son las obras de misericordia?
¿Hay alguna sobre la que deberías incidir más?



Cno. Ronda, 65
GRANADA

Fuentes:

Misericordiae Vultus: BULA DE CONVOCACIÓN DEL JUBILEO EXTRAORDINARIO DE LA MISERICORDIA-
Blog Corazones en red (ss.cc.): "Sobre la misericordia y el perdón" Feliz González.
Directorio franciscano :www.franciscanos.org